

# Los zapatos de Marta





**Federación Española de Asociaciones  
de Espina Bífida e Hidrocefalia**  
C/Pechuán, 14. Local 6 y c/Vinaroz, 32  
28002 Madrid  
Tlf. 91 415 20 13  
e-mail: [administracion@febhi.org](mailto:administracion@febhi.org)  
web: [www.febhi.org](http://www.febhi.org)

Primera edición: junio de 2009

© del texto: Meritxell Margarit  
© de las ilustraciones: Marta Montaña  
© de esta edición:  
Editorial Mediterrània, SL  
Guillem Tell, 15, entlo. 1ª  
08006 Barcelona  
Tel. 93 218 34 58  
Fax 93 237 22 10  
[editorial@editorialmediterrania.cat](mailto:editorial@editorialmediterrania.cat)  
[www.editorialmediterrania.cat](http://www.editorialmediterrania.cat)

Disseño y maquetación: Jordi Vives

ISBN: 978-84-89622-96-8  
DL: B-????  
Impresión: Sanvergràfic  
Impreso en Barcelona – *Printed in Barcelona*

La reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, y estará sometida a las sanciones establecidas por la Ley.

## Presentación

Queridos niños y niñas, querida familia:

Tenéis en vuestras manos un cuento muy especial, donde junto a Lucas, Marta y Nico vais a descubrir la magia y el valor de la amistad. Ellos os ayudarán a conocer lo que es la espina bífida.

Marta, la hermana de Lucas, nació con espina bífida y tiene dificultades para caminar, se apoya en unos zapatos especiales y en unos bastones. Otros amigos que también nacieron con espina bífida necesitan la ayuda de una silla de ruedas. Todo esto y mucho más descubrirá Nico mientras comparte aventuras con Lucas y Marta.

Los papás de Marta supieron tiempo después de que ella naciese que la espina bífida es un problema que en algunos casos se puede prevenir, tomando ácido fólico al menos tres meses antes del embarazo. Con esta magnífica historia quieren decírselo a todos los papás y mamás del mundo que lean este cuento con vosotros.

Queridos amiguitos, los autores de este cuento os damos la bienvenida y os invitamos a vivir, al igual que Lucas, Marta y Nico, grandes aventuras con todos los niños y niñas...

¡Pues Señor, érase que se era...!

Federación de Asociaciones  
de Espina Bífida e Hidrocefalia

Lucas está nervioso, nerviosísimo. Le ha costado un montón decidirse. Todos, absolutamente todos, le decían que no había ningún problema en invitar a Nico a pasar un fin de semana en casa. Pero él no lo veía claro.

Le preocupaba su hermana pequeña, Marta. Siempre está tan pendiente de ella que no quería que se sintiera desplazada si dedicaba todas sus atenciones a su mejor amigo.

«¡Que no me importa! ¡Pesado!» le ha repetido ella una y mil veces. «Si pudiera, yo también me iría a pasar el fin de semana a casa de alguien!», le ha soltado medio en broma medio en serio. «Pero me conformo con tener invitados, ¡aunque sean tus amigos!», ha añadido haciendo una mueca muy graciosa cuando lo que quería era guiñar un ojo.



Por fin, ha llegado el gran día. Lucas respira hondo antes de abrir la puerta. Al otro lado, aparece Nico con una sonrisa de oreja a oreja.

Nico está tan emocionado que habla sin parar, apenas se le entiende. Pero, de repente, algo le distrae y calla: se ha fijado en el par de zapatos que hay junto a la entrada. Aunque lo intenta, no puede apartar la vista de ellos.

Lucas traga saliva: «Son los zapatos especiales de Marta. No sé qué hacen ahí». Nico se encoge de hombros y le pregunta si él también debe descalzarse y dejar sus botas al lado de las de Marta.



Nico sabe de sobras que Marta tiene un «problema». Lucas un día le contó que nació con espina bífida.

Al principio, eso le sonó rarísimo. Pensó en los peces, por lo de la *espina*, y en el yogur, por lo de *bífida*. Se lo dijo a Lucas y vio como éste se volvía rojo como un tomate. Nico pensó que había dicho una barbaridad y que, por eso, su amigo se había enfadado mucho y estaba a punto de estallar. Pero no.

Lucas tuvo un ataque de risa y, cuando pudo parar, se agachó arqueando la espalda y se levantó la camiseta. Se tocó las redondeces que se marcaban en la piel y dijo: «¿Ves? Son las vértebras. Todas juntas forman la columna vertebral, nuestra *espina* dorsal. Cuando queremos mover los brazos o las piernas, nuestro cerebro da la orden y una especie de corriente eléctrica atraviesa el interior de la columna para que eso sea posible.





Después de esa gran explicación, acompañada de movimientos divertidísimos de sus brazos y sus piernas, Lucas se detuvo en seco y se puso muy serio. Tanto que Nico supo que, entonces, iba a explicarle el «problema» de Marta.

«Así es como funciona normalmente», dijo con firmeza. «Pero, en el caso de mi hermana, es distinto. Ella nació con la espina abierta, rota en dos. Y eso es, justamente, lo que significa *bífida*. Es como una tubería dividida en dos mitades que deja escapar todo el líquido. La columna de Marta deja escapar las órdenes de su cerebro y, además, no le aguanta bien el cuerpo».

«Por eso Marta lleva esos zapatos», ha pensado Nico volviendo a mirar las botas de la niña. De hecho, ya había visto a Marta otras veces, pero nunca había prestado tanta atención a sus zapatos, quizás porque los llevaba puestos. Hoy, viéndolos allí, solos y sin movimiento, se ha dado cuenta de que son altos y fuertes, lo suficiente para sujetarle los tobillos y los pies cuando anda.



El tac-tac de las muletas de Marta ha interrumpido los pensamientos de Nico. La niña se ha plantado justo delante de Lucas y de él. Nico no ha podido evitar fijarse otra vez en sus zapatos, ahora en los que lleva puestos. Son casi iguales que los de la entrada, quizás un poco más grandes y «más modernos». Marta también lleva uno de esos aparatos que le aprietan las pantorrillas para que sus piernas no se derrumben cuando camina.

—¿Te gustan mis zapatos? —le pregunta Marta sin pensarlo dos veces.

—Molan más que aquéllos de la entrada... —contesta Nico espontáneamente.

Lucas mira a un lado y al otro. «¿Cómo unos zapatos ortopédicos pueden ser un tema de conversación?», se pregunta.

—Los de la entrada están viejos, los vamos a tirar... A mi también me gustan más éstos —dice Marta señalando sus pies con una muleta—. ¿Crees que quedarían mejor con unos cordones de colores?

—¡Justo lo que te iba a decir! —grita Nico con entusiasmo—. Yo me puse uno azul y otro rojo, pero uno verde y otro amarillo también quedarían muy bien —comenta mostrando sus deportivas.



Berta, la mamá de Lucas y Marta, entra en la sala como un torbellino. Lleva colgada en el hombro una enorme bolsa de deporte que va llenando con cosas que recoge de aquí y allá.

—Lucas, por favor, ¿me puedes ayudar a cargar el andador de Marta en el coche? —le pide a su hijo—. Nos vamos a la piscina. Vosotros os podéis quedar aquí con papá.

—Tengo que hacer ejercicio, ¿sabes? —le dice Marta a Nico—. No bastan unos buenos zapatos, nadar me ayuda a sentirme mejor. La piscina me va muy bien, pero allí tengo que aparcar las muletas y mis preciosos zapatos. Así que utilizo el andador.

—¡Genial! —responde Nico—. Mi abuelo tiene uno igual. Es rapidísimo con él. ¡No veas las carreras que echamos!

—¡Pues yo te reto a una carrera en el agua! —dice Marta muy animada.

—¿Queréis venir? —Berta invita a los chicos a ir con ellas.

Los dos amigos intercambian miradas y, como si se hubieran puesto de acuerdo telepáticamente, contestan a la vez:

—¡Vale!



Lucas se apresura a preparar las bolsas de deporte.

—No te preocupes... —dice Lucas moviéndose aún más rápido que su madre—. Tengo un bañador y un gorro de sobras. Y ahora mismo voy a buscar toallas, jabón... para los dos —le dice a Nico entrando como una bala en el cuarto de baño.

Nico va detrás de él, pero a otro ritmo. Eso le permite observar detenidamente el baño. No tiene bañera, sino una enorme ducha con un plato al mismo nivel que el suelo. En la pared, se adivina una de aquellas sillas plegables que te permiten duchar sentado. Y, en varios sitios, hay barras en forma de toallero para poder agarrarse.





Mientras van cargándolo todo en el coche, Lucas se da cuenta de que su amigo está pensativo. Aunque le ha explicado muy bien qué le ocurre a Marta, Nico todavía tiene que hacerse a la idea de que, para ella, algunas cosas son distintas.

El viaje en coche hasta la piscina transcurre en silencio. Nico se ha quedado mudo. Lucas cree que es mejor dar tiempo a su amigo, y tampoco dice nada. Marta mira de reojo a los chicos y esboza una sonrisa burlona. «¡Mira ahora qué calladitos! ¡No hay quién los entienda! Mamá tiene razón: ¡éstos están ya en la edad del pavo!», dice para sus adentros.



Todos están más animados cuando salen de los vestidores. De nuevo, Nico no puede apartar la mirada de Marta. Ella también se fija en Nico.

—¡Qué cicatriz! —dice la niña señalando la barriga de Nico.

—¡Ah, sí! —contesta Nico con la nariz apuntando a su ombligo—. Me operaron de apendicitis cuando era pequeño.

—Creo que te gano... —dice Marta intentando guiñar un ojo otra vez—. Yo tengo una cicatriz enorme en la espalda y otra más pequeña en la cabeza. Las primeras operaciones me las hicieron cuando era un bebé: intentaron arreglarme la columna. Y me pusieron una válvula en el cabeza para evitar que mi cerebro acumulara líquido, porque no sería bueno para mí y hay que sacarlo.

La cara de Nico es un poema: pone los ojos como platos mientras intenta comprender la explicación de Marta.



—¡No te asustes! —le dice la niña—. Lo que me ocurre en la espalda hace que la cabeza se llene de líquido y, como no puede salir solo, tengo que llevar un tubito dentro del cuerpo para que se vaya hacia otra parte. ¡Es como cuando la piscina está demasiado llena! Necesitas un desagüe para sacar el agua que sobra.

Nico sonríe. «¡Qué valiente es Marta!», piensa.

Después de algunas carreras y unos cuantos ejercicios, regresan a casa. El viaje de vuelta es más animado: hablan de todo un poco y hacen un montón de bromas.

Lucas enmudece de repente. Mira los zapatos de Marta. Ahora, tienen un cordón de cada color: uno rojo y el otro azul. Y Nico lleva las zapatillas desabrochadas, sin cordones, con la lengüeta fuera.



